# *Los años de Mulroney: el fin de una era apacible*

PEDRO CASTRO MARTINEZ*

Las elecciones de octubre de 1993 constituyen un punto crucial en la historia contemporánea de Canadá por la presencia de un electorado dispuesto a romper los moldes tradicionales de su participación política. En varios estratos de la vida canadiense están presentes dos fuerzas: un extendido escepticismo frente a la cosa pública y la convicción de que se requieren nuevas formas de solución de los problemas. Todos están de acuerdo en que un ciclo se ha cerrado: el de los ocho años y medio del gobierno de Brian Mulroney, aunque su legado permanece vivo y es factor de importancia fundamental, un punto de partida para el futuro de Canadá. Con el propósito de echar luces sobre el tiempo canadiense, especialmente en la era posterior a Mulroney, este ensayo intenta contribuir al balance de un gobierno, de un líder y, en consecuencia, de una época.

## La herencia política

En 1984, la victoria de Brian Mulroney al frente del Partido Conservador Progresista (PCP) rompió la mala racha que había afectado a esta organización. Durante la mayor parte de la posguerra los conservadores solamente gobernaron el país en un par de ocasiones. Pero con Mulroney, a pesar de sus divisiones pasadas (por ciertas cuestiones, como el bilingüismo oficial), los conservadores lograron la victoria federal, que refrendaron en 1988.

Brian Mulroney, un quebequense bilingüe de ascendencia franco-irlandesa, forjó su personalidad con las cualidades del *self-made man* a partir de orígenes modestos. A pesar de que nunca alcanzó un puesto por elección popular, ganó fama como buen negociador en problemas sindicales. Uno de sus más importantes logros data de 1975, cuando actuó como mediador en el conflicto de la industria de la construcción en Quebec. De 1977 a 1983 fue presidente de la compañía estadounidense Iron Ore con sede en Canadá, cargo que abandonó para aceptar la dirección del PCP y preparar las elecciones. Contaba con las virtudes idóneas para ganar el apoyo de los dos mayores y difíciles conglomerados electorales: la comunidad de habla francesa de Quebec y la suma de grupos étnicos diversos, particularmente de Toronto.

Cuando el PCP hizo de la palabra "cambio" el lema de su campaña electoral de 1984, detrás del concepto la idea fundamental era impulsar otra forma de liderazgo. La victoria de Mulroney ese septiembre fue quizás menos sorpresiva que su designación como líder del partido. En las elecciones generales de 1984 reunió entre 42 y 69 por ciento del voto popular en cada provincia (en Quebec obtuvo 50%) y, por ende, la mayoría absoluta. En un Parlamento compuesto por 282 diputados, los conservadores alcanzaron 211 escaños.

La poderosa influencia de la economía estadounidense incrementó, sin duda, el interés de los electores canadienses en elegir un gobierno capaz de repetir el entonces "milagro" de la *Reagonomics*. También estaban hartos de Trudeau y de su fallido experimento autonomista y antiestadounidense. Ese *enfant terrible* de la política canadiense, con su forma individualista y un tanto excéntrica de gobernar, cosechó la antipatía de importantes sectores de su país. Sin embargo, aparte de otros problemas más concretos, como los afanes casi independentistas de la

* *Área de Procesos Políticos del Departamento de Sociología, de la Universidad Autónoma Metropolitana. Vicepresidente de la Asociación Mexicana de Estudios Canadienses.*

provincia francohablante de Quebec, los aspectos económicos fueron un factor determinante para que los conservadores (*tories*) arribaran al poder después de casi 21 años ininterrumpidos de gobierno liberal.

La victoria de Mulroney sólo tiene como precedente la de su mentor y padrino, John Diefenbaker, quien en 1958 dio a su partido 208 de los 265 escaños de la Cámara de los Comunes en el Parlamento de Ottawa. Sin embargo, dicho triunfo duró poco y los conservadores únicamente volvieron al poder durante nueve meses en 1979, bajo el gris liderazgo de Joe Clark. En 1984 el PCP dio muestras de adaptabilidad a las nuevas circunstancias de Canadá y asumió un pragmatismo convincente que le llevó por rumbos no transitados hasta entonces (sobresale la buena disposición hacia Estados Unidos y sus políticas, una verdadera novedad en la historia del partido). Por lo demás, los *tories* lograron escaños en las provincias marítimas, Ontario, el Occidente y Quebec, y en las elecciones de 1987 también los alcanzaron en Yukón y los Territorios del Noroeste.

En esta nueva fase el PCP acentuó sus rasgos de partido antidoctrinario y ajeno a los rígidos moldes que le caracterizaron en el pasado.[1] También se mostró coherente con su concepción "no ideológica de los problemas de la organización política y económica". Con firmeza, el partido se pronunció en favor del sistema de libre empresa, pero también de la intervención gubernamental en la economía para proteger amplios intereses colectivos.[2]

El liderazgo de Mulroney se hizo patente en la construcción de una alianza entre los líderes de su partido en Quebec, las provincias occidentales y Ontario, la cual fue la base principal de su encumbramiento y desempeño políticos. Así, Mulroney transformó el PCP en una institución nacional en un país donde el regionalismo partidario es casi una constante. Es importante señalar que la relación personal de Mulroney con Quebec fue crucial en su carrera política. Su cuna (Baie-Comeau, Quebec), su impecable bilingüismo y su biculturalismo nato le ayudaron a imponerse en el Partido Conservador, formación casi inexistente en la *Beau Province* en los años sesenta y setenta. En su empeño por ganar allí los comicios de 1984, Mulroney negoció con nacionalistas y separatistas. Sin embargo, su ruptura con Lucien Bouchard (exembajador en Francia y connotado nacionalista quebequense) después de las elecciones de 1988 marcó el inicio de una serie irrefrenable de derrotas. Amigo de muchos años de Mulroney, Bouchard fue ministro del Ambiente en el gobierno federal *tory* y encargado del llamado Green Plan; además, apoyó públicamente el Acuerdo de Meech Lake. En mayo de 1990 se inconformó con las maniobras constitucionales de su jefe, por lo que renunció al gabinete y al Partido Conservador. El hombre que en 1980 luchó por la fórmula "soberanía-asociación", que luego aceptó el patronazgo del partido *tory* y el "federalismo renovado", se volvió en contra de su amigo y protector. En junio de 1990, poco después del fracaso del Acuerdo de Meech Lake, formó un grupo legislativo en la Cámara de los Comunes llamado Bloc Québécois, con el objetivo de "promover los intereses y aspiraciones profundas de Quebec". Asimismo, se proclamó como el vocero único de quienes, más allá de sus filiaciones partidarias, han buscado "hacer de Quebec un estado soberano, pluralista y abierto al mundo".[3] Declaró que sólo aceptaría un acuerdo similar al de Maastricht, que diera a Quebec la soberanía política dentro de la esfera económica canadiense. El fracaso de las iniciativas constitucionales, señaló Bouchard, muestra que la separación es la única manera de reconciliar el interés de un gobierno central fuerte por parte de los canadienses anglohablantes con los anhelos de soberanía de Quebec.[4]

Brian Mulroney heredó de Trudeau el candente problema de las relaciones de poder entre el gobierno nacional y las provincias. Si bien en Canadá el regionalismo ha sido siempre un factor permanente de tensión y juego político, a partir de la hegemonía liberal adquirió un nuevo carácter. Por la vastedad del país, la baja densidad de población y los desequilibrios económicos, las provincias tienen intereses diversos, con frecuencia difíciles de conciliar. Así, por ejemplo, existe la creencia extendida de que las Praderas y el Occidente en general, ricos en recursos naturales, han sido explotados por las políticas federales que benefician la parte central y oriental de Canadá. Sin ser del todo cierto, las provincias occidentales se han considerado un mercado cautivo de los productos industriales de Ontario y Quebec y un proveedor de energéticos baratos. El Programa Nacional de Energía (PNE) ilustra lo irreconciliable de los diversos intereses. Durante la crisis energética de los setenta el gobierno liberal de Pierre Trudeau intentó detener los crecientes costos de petróleo y el gas mediante leyes y programas que protegieran la economía nacional. Sin embargo, estas medidas impidieron que el Occidente obtuviera mayores beneficios de sus recursos vía precios de mercado. El enojo y la alienación de la provincia de Alberta respecto de Ottawa y el resto del país fue el resultado de la medida liberal.

La caída de los precios del petróleo aminoró el sentimiento de frustración del Occidente. Con el triunfo de los conservadores en 1984, sectores políticos de esta región creyeron que al fin obtendrían una representación fuerte y eficaz en el gobierno.

1. Robert J. Jackson, Doreen Jackson y Nicolas Baxter-Moore, *Politics in Canada: Culture, Institutions, Behaviour and Public Policy*, Prentice-Hall Canada Inc., Scarborough, Ontario, 1986, p. 440.

2. Charles Taylor, *Radical Tories: The Conservative Tradition in Canada*, Anansi, Toronto, 1982, p. 211.

3. Robert J. Jackson y Doreen Jackson, *Stand up for Canada: Leadership and the Canadian Political Crisis*, Prentice Hall Canada, Inc., Scarborough, Ontario, 1992, p. 201.

4. Christopher Chipello, "Quebec Separatist Get Their Big Break with Mulroney's Deaperture as Premier", *The Wall Street Journal*, 4 de marzo de 1993.

Esta expectativa se cumplió en poco tiempo. Mulroney restituyó la armonía entre Ottawa y las provincias ricas en petróleo liquidando el PNE, al cual sustituyó por un nuevo acuerdo de división de ingresos que había sido fuente de disputas interminables durante el período de Trudeau.

A pesar de tal solución hubo secuelas políticas. Durante las elecciones de 1988 surgió un movimiento de protesta encabezado por Preston Manning, el llamado Partido de la Reforma (Reform Party), que obtuvo 15% de los votos en Alberta y alteró la competencia entre los conservadores y el Nuevo Partido Democrático (New Democratic Party) a lo largo y ancho del Occidente. Por otro lado, en su afán por mantener equilibrios, al inicio de su mandato Mulroney dio por terminado el conflicto sobre los depósitos petroleros en la plataforma continental cediendo la mayor parte de los ingresos potenciales a Terranova. No obstante, preservar una relación adecuada entre Ottawa y las provincias representó un constante dolor de cabeza para el gobierno federal. En 1990 Mulroney limitó unilateralmente el crecimiento de las transferencias federales a las provincias y provocó la repulsa de las capitales provinciales. La firma del Acuerdo de Libre Comercio Canadá-Estados Unidos (ALC) en 1988 incorporó nuevos ingredientes al de por sí complicado ambiente político regional. El ALC desató reacciones negativas de gobiernos provinciales como los de Ontario y la Isla Príncipe Eduardo. En ocasiones, complacer a una provincia provocaba el disgusto de otra. Cuando la disputa por un contrato para el mantenimiento de los jets caza CF-18 entre la Canadian Ltd. de Montreal y la Bristol Aerospaces Ltd. de Winnipeg se resolvió en favor de la primera, las provincias del Occidente se mostraron inconformes, reacción que sin duda favoreció el surgimiento del Partido de la Reforma.

## La herencia en política exterior

Brian Mulroney revirtió de manera notable la política exterior del gobierno liberal respecto de Estados Unidos. Pierre Elliot Trudeau siguió la llamada "tercera opción", que buscaba una nueva relación de Canadá con su poderoso vecino del sur y el mundo en general.[5]

En esta línea, el gobierno liberal creó la Foreign Investment Review Agency (FIRA) encargada, entre otras cosas, de vigilar las adquisiciones de empresas por parte de los estadounidenses. Trudeau también creó corporaciones de la Corona, como Petro-Canadá, y suprimió exenciones a las publicaciones estadounidenses como un medio para fomentar la cultura canadiense. Sin embargo, el meollo de la política fue la diversificación comercial; un acuerdo de "lazo contractual" con Europa y Japón. Según los planes del gobierno, la dependencia comercial de Estados Unidos, aproximadamente de 70%, se reduciría de manera apreciable.[6]

Por otra parte, la New Energy Policy pretendía lograr la autosuficiencia energética de Canadá; incrementar la propiedad canadiense a 50%, al menos en este sector dominado por el capital foráneo, y asegurar el predominio del gobierno federal en la política petrolera. En el período, la política en la materia fue un elemento clave en la definición de las relaciones entre la federación y las provincias y uno de los indicadores centrales de las relaciones globales del país con Estados Unidos.

La cuestión energética devino en una especie de símbolo, un emblema de la política de Canadá.[7] Sin embargo, la caída de los precios mundiales del petróleo a principios de los ochenta, frustró todos los planes de "canadización" de los energéticos.

El lastimoso estado de la economía obligó al gobierno de Trudeau a mejorar sus relaciones con Estados Unidos, cuestión en la que logró poco éxito. Por lo demás, tuvo que pagar el precio de sus políticas en materia de gasto militar ("Guerra de las Galaxias", Nicaragua, Cuba, la Unión Soviética y la invasión a Granada).

Una vez que los conservadores alcanzaron el poder, decidieron desmantelar las políticas de sus predecesores para preparar un clima favorable a un mayor acercamiento con Washington. En tres meses desapareció la FIRA y en su lugar se estableció la Investment Canada, que en los hechos funcionó como una agencia promotora de inversiones. "Canadá está abierto a los negocios otra vez", declaró Mulroney a finales de 1984 en el Economic Club de Nueva York. En honor a la verdad, su país nunca había estado cerrado a los negocios. Quizás todo lo contrario, pues el grado de propiedad foránea en las industrias era uno de los más altos del mundo: 76% en la química, 100% en las del automóvil y el tabaco; 91% en hulera; 59% en la eléctrica y 63% en la petrolera. Además, 80% de su comercio con Estados Unidos se efectuaba casi libre de arancel.[8]

El 2 de enero de 1988 Mulroney y Ronald Reagan, en un clima de jovialidad irlandesa, firmaron el ALC, un pacto histórico para eliminar las barreras comerciales entre los dos países en un

5. El Ministro de Asuntos Exteriores de Canadá en ese tiempo, Mitchell Sharp, planteó las posiciones de su país en su famoso documento de las tres opciones: el *statu quo*, la primera; la intensificación de las relaciones con Washington, la segunda, y la diversificación o ruta de menor dependencia de Estados Unidos, la tercera.

6. Don Munton y Dean Swanson, "Rise and Fall of the Third Option: Forecasting Canadian-American Relations in the 1980's", en Brian Tomlin, (ed.), *Canada's Foreign Policy: Analysis and Trends*, Methuen, Toronto, 1978, p. 183.

7. Rodolfo Aguilar Mellado, *La política energética nacionalista de Canadá: el caso de los hidrocarburos 1970-1984*, tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, 1993, p. 1.

8. Lawrence Martin, *Pledge of Allegiance: The Americanization of Canada in the Mulroney Years*, McClelland & Stewart Inc., Toronto, 1993, p. 72.

*La inconformidad de los canadienses se refleja en las encuestas: después de cuatro años de recesión y fuertes pérdidas laborales, un sondeo mostró que 56% de los entrevistados se oponían al TLC, 26% estaba en favor y el resto no sabía*

período de diez años a partir de 1989. Casi cuatro años después, en octubre de 1992, Canadá, México y Estados Unidos firmaron el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC).

Las buenas relaciones de Mulroney con el sistema económico estadounidense proceden, en parte, de la época en que se desempeñó como presidente de la Iron Ore Company; sin embargo, sus detractores se remontan a años anteriores. Según John Sawatsky, autor del libro *The Politics of Ambition*, rico en material sobre la vida de Mulroney, éste se vio influido en su niñez por las deferencias que el coronel Robert McCormick, propietario del *Chicago Tribune* y el *New York Daily News*, tenía hacia él cuando visitaba Baie-Comeau. En cada ocasión, McCormick le pedía a Mulroney que le cantara y cada vez que lo hacía el muchacho recibía un billete de 50 dólares.[9]

Las iniciativas de Mulroney provocaron un acalorado debate nacional; su gobierno fue acusado de comprometer la autonomía canadiense, al exponer su frágil sector manufacturero a la competencia de Estados Unidos. Se dijo además que con el ALC Canadá no logró librarse de las severas leyes estadounidenses de comercio. Las disputas comerciales con su vecino del sur, desde las maderas hasta el acero, siguieron afectando sus relaciones bilaterales.[10] En 1991-1992 la economía canadiense creció sólo 1%, con una tasa de desempleo de 11%. En parte, el problema estaba más allá del control de los conservadores. Desde mediados de los ochenta, la economía creció rápidamente, pero en los primeros años de la presente década la recesión afectó a la mayoría de los países industrializados. Sin embargo, los conservadores pusieron una presión excesiva sobre la economía: primero Mulroney decidió no introducir programas de ayuda para los trabajadores canadienses durante el proceso de ajuste comercial, y luego, cuando entró en vigor el ALC, el Banco de Canadá elevó las tasas de interés para combatir la inflación. Aunque esta medida cumplió su cometido, también mantuvo alto el dólar nacional, restando dinamismo a las exportaciones.[11] De acuerdo con datos de los sindicatos, de 1988 a 1992 las políticas conservadoras provocaron la pérdida de 350 000 empleos en la industria manufacturera, el cierre de fábricas o la reducción en el tamaño de las empresas. Aunque la recesión y el ajuste industrial explican en parte tal estado de cosas, es cierto que el ALC provocó su agravamiento.

Hay quienes sostienen que el TLC demolerá todavía más la industria manufacturera de Canadá, especialmente en Ontario.[12] La inconformidad de los canadienses se refleja en las encuestas: después de cuatro años de recesión y fuertes pérdidas laborales, un sondeo mostró que 56% de los entrevistados se oponía al TLC, 26% estaba en favor y el resto no sabía.[13] Como se señaló, es imposible determinar el efecto preciso del ALC en la economía de Canadá, si bien la responsabilidad de la política y el desempeño económicos es, en última instancia, del gobierno conservador. Durante las elecciones de 1988 el ALC se convirtió en asunto principal. Los dos partidos de oposición lo atacaron acremente; pero a pesar de ello Mulroney ganó las elecciones con 42% de los votos y siguió adelante con el Acuerdo.

El PCP respaldó fervientemente a su líder durante todo el proceso de acercamiento político y comercial con Estados Unidos. Para ellos, el libre comercio y los lazos que el primer ministro Brian Mulroney forjó con Washington constituyen logros dignos de encomio. Alrededor de 84% de los *tories* entrevistados en una encuesta conducida por *Maclean's/Compas* calificó de correcta la política seguida por Mulroney hacia Estados Unidos. Además, 37% de los interrogados consideró el ALC como el mayor logro del gobierno de Mulroney, mientras 17% lo vio

9. Robert J. Jackson y Doreen Jackson, *op. cit.* p. 137.

10. Gordon Ritchie, "Canadá, principal víctima de la oleada proteccionista de Estados Unidos: fricciones, pese al acuerdo comercial", *Excélsior*, 9 de marzo de 1992.

11. Mary Janigan, "Judgment Day: Turbulent Times Polarized the Country", *Maclean's*, 8 de marzo de 1993, pp. 28-29.

12. "Canada' Wilting Flowers", *The Economist*, 27 de febrero de 1993.

13. J. Duncan Edmonds, "Canada's Critical Malaise of the Spirit", *The Wall Street Journal*, 5 de febrero de 1993.

en la reducción del déficit y 7% en las propuestas constitucionales y su política hacia Quebec.[14]

## Los asuntos espinosos

Brian Mulroney tuvo dos grandes fracasos durante su gestión: no llevar a feliz término el complicado proceso constitucional y la significativa reducción del déficit gubernamental. Ambos se combinaron con las agrias discusiones sobre la definición de los programas de beneficio social en una era de crisis, asuntos de naturaleza distinta y con efectos políticos diversos.

En 1982 Canadá se separó en forma legal y definitiva del Imperio Británico. Hasta abril de ese año la Constitución vigente era la British North America Act de 1867, documento fundamental de la Confederación signado por la reina Victoria. Canadá logró su independencia en 1931, pero Ottawa pidió a Londres que retuviera el control de la Constitución hasta que el gobierno central y las provincias alcanzaran un acuerdo aceptable para todos. Después de más de cincuenta años de discusiones, el primer ministro Trudeau, con su campaña de "patriación" constitucional, finalmente convenció a las provincias, con la excepción de Quebec, de signar dicho acuerdo en noviembre de 1981. En esta ausencia, sin duda, está el pecado original que llevarían los subsecuentes procesos constitucionales hasta el fracaso del Acuerdo de Charlottetown.

El magno documento proporcionó una fórmula de enmienda y fortaleció el papel de los ciudadanos mediante la Carta de Derechos y Libertades, de clara inspiración estadounidense, profundamente individualista. Aunque la Constitución trató de unificar las leyes de las diez provincias confederadas, la mayoría de los quebequenses juzgaba que no les otorgaba suficiente autonomía para decidir asuntos como la enseñanza, el uso del francés y la elección de una forma idónea de gobierno. La Constitución pasó entonces sin el consentimiento y por encima de las fuertes objeciones del gobierno de Quebec y de todos sus partidos políticos, por lo que –para sorpresa de nadie– fue prácticamente congelada en la segunda provincia más populosa, la única de mayoría francohablante.

Mulroney y los primeros ministros provinciales trataron de solucionar esta omisión. El Acuerdo de Meech Lake de 1987 reconoció a Quebec como una sociedad distinta, cambió la fórmula de enmienda para extender el requerimiento de la unanimidad y permitió a las provincias participar en la nominación de jueces de la Suprema Corte y de senadores. Después del fracaso del acuerdo en junio de 1990 los primeros ministros se reunieron de nuevo y, tras varios meses de difíciles negociaciones, aprobaron el acuerdo de Charlottetown de 1992. Éste reconoció el estatus de Quebec como una sociedad distinta, pero también remplazó el Senado por una cámara compuesta por igual número de miembros de cada provincia; además, reconoció el derecho de los aborígenes al autogobierno. Sin embargo, los canadienses rechazaron el acuerdo en el referéndum de octubre de 1992: 54.8% de los anglohabalntes y 56.6% de los quebequenses dijeron "no".[15]

Los fracasos de Mulroney en torno a las constituciones cerraron un ciclo histórico en Canadá. Lejos de resolver el problema de Quebec, el largo debate sobre la Constitución exarcerbó las tensiones regionales y provocó enfrentamientos entre grupos lingüísticos y étnicos; quizás lo peor fue el creciente sentimiento de alienación de muchos quebequenses. En su afán de satisfacer aspiraciones antinómicas (de Quebec por una mayor autonomía y de los anglohablantes en pro de un federalismo centralizado y respetuoso de la igualdad de sus miembros), el gobierno de Brian Mulroney sólo encontró soluciones no satisfactorias.

En 1984 una de las primeras acciones del nuevo gobierno de Mulroney fue dar a conocer su política económica en el documento "Una nueva dirección de Canadá: una agenda para la renovación económica". Este país –se afirmaba– estaba en crisis económica y la prioridad era reducir la deuda nacional, los déficit anuales y la fuerte intervención del gobierno federal en la economía. Ante el fracaso de la vieja economía mixta, se decía, el gobierno centraría sus esfuerzos en la creación de un sistema más pequeño, descentralizado y desregulado; intentaría fortalecer una economía de mercado y privatizar en lo posible la propiedad estatal. En otras palabras, se comprometía con una filosofía de libre mercado similar a las de Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

En varias ocasiones el gobierno de Mulroney subrayó que la reducción del déficit era uno de los principales objetivos de su mandato. En noviembre de 1984, en una sonada declaración, el ministro de Finanzas, Michael Wilson, delineó los planes en este sentido, incluyendo recortes al gasto por 3 500 millones de dólares. En un plazo relativamente corto, Mulroney liquidó 15 de las 57 corporaciones de la Corona y sus 134 filiales y privatizó 20 más, incluyendo la Havilland Aircraft of Canada Ltd. y la empresa internacional de comunicaciones Teleglobe.

Por otro lado, en mayo de 1985 Ottawa elevó los impuestos empezando con una sobretasa de 5% en el gravamen sobre los ingresos. El 1 de enero de 1991, a pesar de las protestas de muchos canadienses, Mulroney estableció un impuesto de 7% a la mayoría de los bienes y servicios con el apoyo de medidas extremas que incluyeron el aumento de miembros del Senado para lograr su aprobación. No obstante los esfuerzos, la magnitud real del déficit cambió poco: en 1991-1992 fue de 34 600

14. *Maclean's*, 22 de marzo de 1993.

15. "Mantendrán el poder si eligen a un líder que dé su lugar a Quebec", de *Le Monde* para *Excélsior*, traducción por Sofía Miselem, 27 de febrero de 1993.

millones de dólares canadienses, similar al de 1984-1985, que ascendió a 38 500 millones. Sin embargo, como porcentaje del PIB declinó de 8.7 a 5.1 en los mismos años. Aunque el gasto no excedió a los ingresos federales, la deuda nacional continuó en ascenso: de 206 000 millones (46% del PIB) en 1984-1985 a 457 500 millones (63% del PIB) en 1991-1992.

Según Mulroney la deuda creció, sobre todo, por la necesidad de financiar el pago de los intereses de déficit pasados, gasto que alcanzó 41 000 millones sólo en 1991-1992. En realidad, el Primer Ministro heredó las secuelas de la caída de los precios del petróleo y, como la política petrolera del gobierno liberal no respondió a las expectativas del gasto público, dejó un agujero negro en el tesoro federal que se tradujo en déficit y deuda. También la caída económica de 1990 provocó magros ingresos federales, en un entorno en que 1.5 millones de canadienses vivían de la beneficencia pública y cerca de 1.2 millones del seguro de desempleo, además de que muchas industrias tuvieron muy pocas ganancias. El descenso en las recaudaciones gubernamentales y las demandas crecientes de gastos federales no permitieron cumplir las promesas de equilibrio presupuestario. El déficit proyectado para 1993, 34 500 millones de dólares canadienses, es el más elevado desde que los conservadores llegaron al poder. No obstante, las políticas de restricción monetaria –iniciadas antes que en otras naciones industrializadas– lograron reducir la inflación a menos de 2%.[16] Aunque acaso las circunstancias desfavorables que rodearon estos resultados estuvieron fuera del control de Mulroney, los conservadores no aprovecharon la coyuntura favorable que se presentó en algunos años de los ochenta para cortar o disminuir el déficit.[17]

La filosofía de libre mercado afectó los programas sociales. La plataforma electoral de 1984 incluyó la promesa de salvaguardar el sistema de seguridad social como una "sagrada obligación". Empero, en el primer proyecto de presupuesto presentado por los conservadores en mayo de 1985 se preveía eliminar parcialmente la protección contra la inflación, las subvenciones familiares y las pensiones por vejez. Debido a la firme oposición, Mulroney dio marcha atrás en materia de pensiones, pero el daño estaba hecho. En lugar de seguir una estrategia gradualista y negociada, los *tories* se enredaron en difíciles discusiones sobre política social; argumentaban que Canadá no podía darse el lujo de pagar subvenciones familiares y pensiones por vejez a canadienses que gozaban de una buena situación económica. En 1989 gravaron este tipo de pagos y en 1992 abolieron las subvenciones (aunque instituyeron un suplemento para familias de trabajadores pobres). La oposición criticó estas medidas al señalar que el gobierno *tory* concebía la política social como un gasto y no como una herramienta para ayudar a los infortunados y encontrar colocación a los desempleados. De manera tardía, muchos conservadores ahora reconocen que la política social de Canadá requiere un examen minucioso.

## La renuncia de Mulroney: ¿qué sigue?

La desconfianza en la política es el factor que ha definido el ánimo de los canadienses en los últimos tiempos del período de Mulroney: sólo 15% de la población aprobaba las gestiones gubernamentales. Deben tomarse en cuenta varios elementos –además del mencionado– para explicar la desilusión pública por la gestión de Mulroney: al mantenerse dos períodos consecutivos en el cargo perdió gran parte de sus primeros atractivos; su tendencia a usar la exageración y la hipérbole, olvidándose de actuar en consecuencia; aceptar y explotar la ideología de la diversidad, y por último, las divisiones regionales del país que, sobre todo en Canadá, a veces influyen negativamente en la gestión del Primer Ministro.[18]

Brian Mulroney, cuyas victorias electorales en 1984 y 1988 dieron la mayoría en el Parlamento a un líder canadiense por primera vez en 35 años, se convirtió también en el primer jefe de gobierno conservador que cedió el cargo a su sucesor de manera voluntaria. Como se dijo, Mulroney tomó medidas impopulares en su intento por llevar a cabo su proyecto de reformas. Sus medicinas fueron severas y su convicción de que los beneficios llegarían más adelante no lograron permear el ánimo de los canadienses. Sus desafíos a los sagrados pilares de las políticas económicas y sociales coincidieron con la recesión más larga y profunda de la posguerra, cuando el desempleo alcanzó un histórico 11%. Después de reconocer su "falta de entusiasmo por la política", Mulroney renunció sin mayor aspaviento y manifestó que debía trasmitir el mando a alguien más. La posibilidad de su retiro comenzó a manejarse desde octubre de 1992, cuando los votantes derrotaron sus propuestas constitucionales. Los rumores alcanzaron su clímax cuando cinco posibles sucesores (incluidas la ministra de Defensa, Kim Campbell, y de Relaciones Exteriores, Barbara McDougal) empezaron a prepararse para la siguiente convención del partido. Pero todavía el 19 de febrero de 1993, Mulroney señaló en la Cámara de los Comunes que se sentía "tan jóven como una flor de primavera".

¿Cuál fue el factor decisivo para que este juvenil primer ministro, de sólo 54 años, modificara repentinamente su postura y cediera el poder? La explicación es sencilla: sondeos de opinión en su provincia natal, Quebec, mostraron una clara ventaja de los liberales y del separatista Bloc Québécois. En el resto del país los conservadores estuvieron 20 puntos atrás de Partido Liberal de Chrétien durante más de un año.[19]

16. Bernard Simon, "Canadá no soportó que Mulroney minara sus pilares sociales", de *Financial Times* para *Excélsior*, traducción de Héctor D. Shelley.

17. Mary Janigan, *op. cit.*, p. 28.

18. Robert Jackson y Doreen Jackson, *op. cit.* p. 136.

19. "Canada Wilting Flowers", *The Economist*, 27 de febrero de 1993, p. 41.

Con la partida de Mulroney los conservadores intentaron mejorar su imagen ante el electorado. El anuncio de su renuncia desató la lucha interna por el liderazgo del Partido Conservador, que finalmente recayó en Kim Campbell, una mujer bilingüe de 45 años originaria de Vancouver, quien fue elegida por 53% de los delegados en la convención de junio de 1993. Aunque se reconoce su talento, es relativamente neófita en política nacional, y por su férrea defensa del libre comercio capturó la atención de Mulroney.[20] Kim Campbell se creó fama de progresista en materia legal cuando encabezó el Ministerio de Justicia y presionó en favor de medidas más estrictas para controlar las armas y de una legislación contra el aborto. Apenas en enero de 1993 Mulroney la designó ministra de la Defensa, después de haber pasado por la cartera de Asuntos Indios. Este nombramiento mandó una clara señal: Mulroney reconocía su talento y la instaló en las filas de sus posibles sucesores. En sus distintos cargos recibió críticas por decisiones como la compra de helicópteros antisubmarinos por 4 400 millones de dólares canadienses. Ya como Primera Ministra, intentó distanciarse del legado impopular de su antecesor para luego llamar a elecciones, una vez que su imagen fuese suficientemente conocida por el electorado.

La salida de Mulroney dejó sin resolver el agudo problema de la unidad canadiense y con pocas perspectivas de lograr el posible acomodo de Quebec al resto del país. El gobierno de la provincia francohablante de Quebec expresó su preocupación por la renuncia de Mulroney, considerado como defensor del federalismo. Claude Ryan, jefe del gabinete de Quebec, señaló que "el federalismo de Canadá está en malas condiciones actualmente y no se sabe qué va a pasar en el futuro; priva una gran inestabilidad".[21] En ocho años como jefe del gobierno federal, Mulroney luchó más que nadie por el acercamiento entre las provincias anglohablantes y Quebec. El primer ministro de la provincia francohablante –Robert Bourassa– colaboró en la reelección de Mulroney y lo apoyó en el debate de reforma constitucional, en un intento por evitar que los quebequenses independentistas consiguieran el apoyo suficiente para separarse del país. La salida de Mulroney alienta al movimiento secesionista, dado que la provincia de habla francesa pierde a su más fuerte aliado en Ottawa.

Tras la caída de Mulroney el asunto de Quebec se enfila a su recta final. Con la derrota del referéndum el Canadá de habla inglesa ha postergado la discusión constitucional; por ahora los aspectos económicos ocupan el centro de los debates. En Quebec la situación se caracteriza por su volatilidad. Las fuerzas soberanistas han desarrollado una estrategia que se completaría en junio de 1995, en la llamada hora cero de la independencia. La batalla se desarrollará en tres contiendas electorales. La primera en los comicios federales de octubre de 1993 en los que el Bloc Québécois planea presentar candidatos propios en Quebec. Este grupo recibirá el apoyo del Parti Québécois, prosoberanista, encabezado por Jacques Parizeau. Se ha especulado que el Bloc Québécois podría ganar la mitad de los 75 escaños que corresponden a Quebec en el Parlamento Federal.

*Cualquiera que sea el juicio acerca de Mulroney, no cabe duda de que alteró el panorama político de Canadá a lo largo de una década turbulenta*

La segunda contienda será una elección provincial que se efectuará dentro de los próximos doce meses con la independencia como el asunto crucial. El Parti Québécois tiene grandes posibilidades de ganar esta elección, como lo hizo ya en 1976. El anunciado retiro de la política de Robert Bourassa no es una buena noticia para las fuerzas federales; su decisión incrementa las probabilidades de una contundente victoria de los separatistas. Si las predicciones se cumplen el Parti Québécois podría promover un referéndum sobre una cuestión simple: "*Oui*" o "*Non*", que con seguridad sería ganado por los separatistas. Luego seguirían duras negociaciones sobre los términos y las condiciones de algún tipo de separación. Cualquiera que sean los resultados, las actitudes del Canadá de habla inglesa hacia Quebec están cambiando y se percibe un menor apoyo en favor de un acomodo.

## Palabras finales

Cualquiera que sea el juicio acerca de Mulroney, no cabe duda de que alteró el panorama político de Canadá a lo largo de una

20. E. Kaye Fulton y Mary Janigan, "The Real Kim Campbell: Intelligent, Brass, Calculating and Often Lonely, She Has Always Been Driven to Succeed", *Maclean's*, 17 de mayo de 1993.

21. "Proyecto de Ley del Tratado, a la Cámara de los Comunes: Wilson", *Excélsior*, 26 de febrero de 1993.

década turbulenta. Durante su gestión promovió un cambio tan drástico que el país se parece poco al que empezó a gobernar el 17 de septiembre de 1984. A diferencia de la mayoría de sus predecesores que gozaron de un electorado más o menos predecible, creyente en la evolución gradual, Mulroney trató de gobernar a Canadá en medio de una profunda revolución social y cerca del colapso económico. Al parecer los canadienses rechazaron el orden de cosas establecido, rasgo que tantas veces han hecho notar estudiosos como Symour Martin Lipset. La autoridad política ya no es más el guardián de "la paz, el orden y el buen gobierno", sino una fuerza que se debe desafiar y vencer. Durante su gobierno Mulroney cosechó más hostilidad y controversia que cualquier otro primer ministro canadiense en el siglo.

Una opinión justa sobre el gobierno de Brian Mulroney debe considerar los grandes cambios que han ocurrido en la economía internacional y en la canadiense a partir de los setenta, un nuevo entorno sobre el que este primer ministro se movió e intentó influir. Podríamos decir que durante el gobierno de Mulroney se transitó de una etapa económica a otra en la que el modelo económico canadiense se vio profundamente afectado. Desde el siglo pasado este país fue proveedor generoso de recursos naturales, sobre todo de maderas, pieles, cereales, electricidad, minerales diversos y petróleo; un país que nació con una decidida vocación exportadora de recursos naturales, primero al Reino Unido y luego a Estados Unidos. Los ingresos resultantes beneficiaban a una población pequeña en forma directa, y también indirectamente por medio de una importante intervención estatal que procuraba con ahínco el bienestar social. En virtud de esta larga bonanza, Canadá alcanzó una posición envidiable aun dentro del mundo industrializado. Al parecer había encontrado la fórmula para mantener la estabilidad económica sin los altos costos que pagaba Estados Unidos en términos de violencia social y deterioro ambiental. Pero los ochenta marcaron el fin de una época; la potencia al sur, con mucho la mayor compradora de bienes primarios canadienses, demandó cada vez menos productos de poco valor agregado, sobre todo de minerales. Además, las principales exportaciones de Canadá a otros países se vieron afectadas por fluctuaciones diversas, una caída tendencial de sus precios y el surgimiento de economías dinámicas en Asia.

También es importante destacar el proceso de "regionalización internacional" que está forjando el nuevo perfil geoeconómico de Canadá; los dramáticos cambios producidos por el ALC apuntan en esta dirección. Durante más de un siglo, Canadá atrincheró su identidad nacional detrás de las barreras arancelarias, llamadas a desaparecer bajo los términos del ALC y el TLC. La economía nacional se reorienta con rapidez a las líneas norte-sur en lugar de las históricas este-oeste, de Columbia Británica a Terranova. El resultado es una red abigarrada de lazos de negocios y gubernamentales entre partes separadas de Canadá y sus regiones vecinas de Estados Unidos, un proceso que concluirá –si no ha sucedido ya– en la conformación de complejas regiones trasnacionalizadas.

La "regionalización internacional" es signo de la época, una realidad inevitable que las políticas nacionalistas buscaron evitar en el pasado. Las provincias atlánticas que en el pasado dependieron de Ontario y de Quebec para la adquisición de bienes manufacturados, ahora han abierto sus puertas de par en par a las regiones del noroeste de Estados Unidos. Quebec y Nueva York también han desarrollado lazos similares, mientras que en el Occidente, el comercio de Columbia Británica con Washington y Oregon se ha expandido a un ritmo mayor que con el resto de Canadá. Ontario, la base industrial de Canadá, sigue las mismas tendencias y su relación con Michigan es particularmente intensa. Para Ontario, como lo afirmaría su premier Bob Rae, el comercio con la región de los Grandes Lagos es "su base económica y geográfica natural", por lo que los intercambios se han convertido en "inevitables".

A pesar de que Ottawa ha reducido los tradicionales subsidios destinados a las provincias más atrasadas, algunas han compensado esta merma con los beneficios del comercio con su vecino del sur. Uno de sus mejores ejemplos, Nueva Brunswick, registró en 1991 un crecimiento de 3%, mayor que el del resto de las provincias.

A lo largo de su período, Mulroney intentó complacer a un exigente electorado; sin embargo, el descenso en los ingresos gubernamentales le impidió ofrecer iniciativas como las que utilizó Trudeau para mantenerse en el poder durante 15 años. Desilusionados, los canadienses respondieron a partir de sus propios intereses y prioridades, actitud favorecida por la Carta de Derechos y Libertades. Así, la agenda política nacional se vio influida por grupos de intereses dedicados a modelar el país a su propia imagen. Y fue su presión la que derrotó el acuerdo constitucional de Charlottetown en el referéndum del 26 de octubre.

Tras el retiro de Mulroney la relación con Estados Unidos plantea interrogantes. Para la mayoría de los canadienses la economía del TLC es incierta. Los aspectos políticos y psicológicos de una relación más estrecha con su vecino del sur penetran en lo más profundo del alma canadiense. De entrada, el acercamiento con Estados Unidos despertó inquietudes en una población dispuesta a preservar su sistema de seguridad social, en particular el gratuito de salud. Los canadienses se ven con horror en el espejo imaginario del crimen en Estados Unidos y desean mantener lo que ellos juzgan, con razón, una sociedad más amable y gentil. Como resultado, Canadá exhibe una suerte de esquizofrenia nacional cada vez que se alude a una relación más estrecha con Estados Unidos.

Frente a este panorama, los nuevos actores en el poder deberán estar conscientes de que gobernar Canadá no es una tarea fácil. En especial, tendrán que lidiar con una situación todavía controlada, pero que es una amenaza permanente a la unidad del país, tanto en términos económicos como políticos y geográficos.